



## EL NUEVO PAPA

*Por Roberto Héctor Bosca*

Una foto de la Basílica de San Pedro recibiendo un rayo pocas horas después de conocida la renuncia, no pudo ser mejor expresión plástica de lo que pasaba dentro. Ha sido como un rayo caído en cielo abierto, fue la metáfora metereológica a la que acudió el todavía desconcertado cardenal Angelo Sodano, mientras la temperatura ascendía verticalmente en el húmedo y frío clima romano.

El gesto contundente, inesperado, que cayó sin anestesia y como un mazazo, conmovió a todo el mundo; pero una vez superado el shock y mientras la polvareda se disuelve lentamente, es posible comenzar a vislumbrar aristas acaso más sutiles que las obligadas preguntas del millón. Se han ensayado infinitas respuestas a la inquisición inicial: ¿por qué se fue? pero tampoco puede uno detenerse en su complementaria: ¿hizo bien o mal en irse?, simplemente, porque la vida sigue. Me parece que hay aquí un pozo más hondo para sacar agua fresca, más pura por más profunda.

Joseph Ratzinger siempre lo dejaba a uno pensando, sintetiza Heinz-Joachim Fischer, un periodista estrella del Frankfurter Allgemeine Zeitung al recordar sus largos años de amistad con el cardenal. El papa ha dejado a tirios y troyanos, a todo el mundo, en clave de meditación, y en efecto, me parece que hay aquí muchas cosas para pensar, algunas apenas percibidas. Por ejemplo, qué quiso decir el Papa cuando expone su extrema decisión en latín. Pero es la renuncia en sí misma la que ha mostrado también que Joseph Ratzinger no era el papa que todos habían dibujado en su imaginación, el fiel cancerbero de la tradición.

Pienso que en este final fuera de libreto aparece con acentos más wagnerianos al Ratzinger real. El Papa que sin importarle mucho ni poco los miramientos humanos, al consultar su conciencia, ofrece repartir de nuevo las cartas, no parece coincidir mucho con esa figura del conservador restauracionista que suele adjudicársele casi como un cliché. El aparece aquí tal como es, un espíritu libre y de gran penetración y finura intelectual verdaderamente revolucionario, que sigue el dictado de un deber de conciencia en contra de todas las convenciones más arraigadas en la Iglesia católica.

Sin ser comparables, en primer lugar porque el sentido es muy diverso, sin embargo algo me recuerda en esta renuncia al suicidio de Favaloro, a su significado radical y extremo que me suena como un cachetazo, pero no sobre el otro sino sobre sí mismo. En ambos hay un punto de inmolación que contiene un mensaje. El Concilio lo suprimió del ritual, pero cuando me confirmaron, el obispo me dio una pequeña cachetada cuyo significado se me escaparía, que es un gesto que busca provocar un despertar, un llamado de atención, a espabilarse, y que pretende ser serio y atendible.



En una conferencia pronunciada en Roma en 1991 el entonces cardenal Joseph Ratzinger ha señalado la constante tensión a través del tiempo entre el don de Dios y las pobres fuerzas humanas. El ha sentido esa tensión en su propia carne. Durante su pontificado puede identificarse un hilo conductor que es el planteo de una armonía entre fe y razón como una respuesta al relativismo.

El misterio de la infinitud divina en contraste con la ridícula autosuficiencia de la criatura que niega su propia naturaleza para coronarse a sí misma, late en el núcleo del relativismo, que es el criterio que ha vertebrado un mundo en el escenario crepuscular de la posmodernidad. En lenguaje argentino-discepoliano: todo es igual, nada es mejor, lo mismo un burro que un gran profesor. A esto ha dicho “no” Joseph Ratzinger mediante su afirmación de la fe y de la razón durante todos estos años.

Qué duda cabe que hace falta un cambio profundo en la Iglesia, y que el Papa no se siente con las fuerzas necesarias para ser él quien lo protagonice. Pero ¿qué cambio es éste? ¿Cómo ha de ser el papa que los concrete triunfalmente? Me temo que ese cambio y ese papa no son el que muchos imaginan, más parecido al superjoven y carilindo ceo de una multinacional, como alguien que tenga que echar a la calle a la curia romana o autorizar el matrimonio de homosexuales o permitir la comunión de los separados vueltos a casar y ordenar mujeres y hombres casados.

Cito algunos de los ejemplos más socorridos para señalar que honradamente e independientemente de que una persona más joven sería conveniente para sobrellevar la pesada carga del pontificado, no me parece que éste sea el camino que necesita la Iglesia ni la humanidad en este momento. No dudo de que es éste un reclamo de muchos fieles, pero no se trata de hacer lo que la gente quiere, porque Dios no ha hecho plebiscitos antes de decretar los mandamientos, y por ese camino es más sencillo simplemente derogar las tablas de la ley y todos contentos.

El papa, antes de irse, y como legado final, acaba de apuntar con el dedo al punto álgido: el Concilio Vaticano II. Lo que hay que hacer, ha dicho una vez más Benedicto (porque lo viene diciendo desde el inicio de su pontificado), es realizar el verdadero Concilio. Por más de una razón, existe una visión muy superficial construida por los medios de comunicación mediante la cual la imagen que una enorme cantidad de personas tienen sobre el Concilio es muy distinta a la del Concilio real, tal como está expuesto en los decretos y constituciones que fueron aprobadas hace más de cincuenta años.

Un ejemplo basta. El Concilio formuló un llamado universal a la santidad de todos los fieles, animando a los cristianos corrientes (y no solamente a unos pocos, como los frailes) a vivir a full las virtudes evangélicas, en primer lugar, el amor. De esto, como de tantas otras cosas del Concilio, parece que ni los propios católicos nos hemos enterado. Estoy convencido de que Benedicto XVI seguramente no hubiera dado este paso si los cristianos hubieran sido fieles a ese espíritu conciliar. La Iglesia no necesita un nuevo papa twittero, necesita santos que cambien el mundo.

*El autor es ensayista y miembro del Instituto de Derecho Eclesiástico de la Universidad Católica Argentina y de la Sociedad Argentina de Canonistas. También es miembro del Consejo Consultivo del Instituto Acton Argentina.*